

El Verdadero Amor

Por A.A.

El cuerpo humano está compuesto por una determinada y perfecta combinación de elementos inorgánicos que se encuentran en la tierra y un 70% de agua. Es por este motivo que los nativos de América instintivamente la llaman, “la madre tierra”. Según las investigaciones que los científicos han realizado del ADN, el hombre comparte más de un 90 % en similitud con algunos primates, específicamente con el orangután, al punto que en caso de necesidad pudiera recibir una transfusión de sangre de dicho animal. Sin embargo, no hay que confundirse, hay algo intrínseco y trascendental que sólo el humano posee y lo distingue de toda materia viviente y que aún los escépticos deben admitir. Es esa facultad mental que lo lleva a descubrir los susceptibles misterios de la creación, una actividad intelectual que le permite lograr las invenciones más complejas y revolucionarias, cuyo alcance, tanto en la tecnología como en todas las ramas de la ciencia lo ha elevado a alturas insospechadas. Y subiendo un escalón más, se encuentra ese poder espiritual latente que, en la medida de su desarrollo, lo acerca a la suprema Meta de su existencia, la Fuente de la vida eterna y real, al amoroso y Único Creador.

Con el transcurso de las edades y en proporción a la evolución humana, Dios siempre nos acompañó en nuestro crecimiento con la mediación de Sus Manifestaciones Divinas; Maestros que Él escogió para que nos guiaran a través de etapas progresivas y a partir de esta fase terrenal de la existencia, signada por constantes cambios. Sus leyes y preceptos son nuestra mayor protección, sobre todo contra nuestros propios instintos. Mas, esa batalla interior no tiene un tiempo determinado. Según la medida y capacidad de cada uno, puede durar una fracción pequeña de tiempo o toda la vida.

A propósito, existe una moraleja muy representativa de lo que significa el progreso humano hacia su perfección y que dice así: “Había una vez una mujer a quién sus vecinos llamaban ‘doña chismosa’ por su dañina habilidad de comentar las debilidades ajenas. Sucedió que doña chismosa se enteró del triste pasado de una vecina y presurosa se dedicó a difundirlo por doquier. Como resultado, la pobre vecina -quién para ese entonces llevaba una nueva y mejor vida- tuvo que mudarse, ya que todos la señalaban y criticaban. Se vio obligada a dejar su pequeña casa, perdió su empleo y cayó en la pobreza y desesperación. Cuando doña chismosa se enteró, sintió temor y recurrió al juez del poblado. Después de

escucharla pacientemente, el juez le indicó lo siguiente: ‘Busque una gallina y llévela a la cima de la montaña más alta, una vez allá, quítele las plumas y espárzalas por el aire, cuando haya terminado vuelva a mí y le diré que hacer.’ Doña chismosa esparció las plumas y pudo ver como el viento las llevó más allá de donde podía alcanzar su mirada. Una vez hecho esto, se presentó ante el juez y éste concluyó ante la consternada mujer: ‘Ahora vaya y recoja todas las plumas sin olvidar una sola de ellas, cuando haya terminado, entonces el mal habrá sido reparado’”.

Este pequeño relato tiene mucho que ver con el espíritu de las enseñanzas que Bahá’u’lláh nos ha legado. Nuestra meta, el progreso hacia el cual todos hemos sido llamados, es imposible de realizar si en el camino -más espinoso para muchos que para otros surgen piedras de obstáculo como ‘doña chismosa’. Para vencer un mal hábito, o una enfermedad espiritual, muchas veces requiere de varias recaídas hasta que llega el día en que el mal se supera. En ese sentido, todos tenemos un camino que recorrer.

Ocasionalmente, cuando se habla de éste tópico, hay quienes alegan: “Pero si ya lo he leído muchas veces, conozco ese tema de memoria”, más no se puede considerar aprendido algo que si bien instruye el intelecto, todavía no ha sido incorporado a nuestras vidas. Como bien nos explica el Instituto Ruhí en su primer libro, murmurar o escuchar sobre otras personas es una grave transgresión, tanto si se trata de una verdad o una mentira. Asimismo lo es la crítica, en cualquiera de sus manifestaciones. Significa que nos estamos interponiendo al Plan de Dios que ha sido diseñado para rescatar a todas las personas sin distinción. Especialmente, son quienes tienen el alma enferma las que más necesitan del Remedio Divino. Muchas de ellas no han crecido en las mejores condiciones y deben superar numerosas perturbaciones emocionales. Nuestro cometido es ayudarles con la mejor disposición, evitando catalogarlas o infligirles un trato peyorativo.

En todos los ejemplos que el amado Maestro nos diera en vida, siempre ha tenido una actitud positiva, prodigando estímulo y amor, evitando en todo momento herir los corazones. Si amamos con todo nuestro corazón a la Bendita Belleza, es imposible mirar a nuestros congéneres con otra mirada que no esté cargada de amor y compasión, ya sean familiares, amigos o desconocidos. El amor que nace del amor a Dios es inherente, magnánimo, incondicional - Ése, es el verdadero Amor.
